

EL SABER SIN VALORES Y EL COMPROMISO SOCIAL

En 1999 Briceño León y Sonntag editan *“El Legado de la Sociología, la promesa de la ciencia social”* de Immanuel Wallerstein (UNESCO-CENDES-Nueva Sociedad). En él, Wallerstein plantea un tema de gran actualidad: *“Max Weber nos pidió, hace aproximadamente un siglo, esforzarnos para crear un saber libre de valores...Una de las implicaciones de la llamada a un saber sin valores fue la insistencia en la necesidad de que el mundo académico se librara de las presiones sociales de los poderosos dentro de su país quienes le empujaban para que realizaran su trabajo y dirigieran sus escritos en direcciones concretas”* (p. 98). Era el tiempo de los nacionalistas alemanes de Adolfo Hitler.

Tiempo después, Robert Lynd preguntaba: el saber, ¿para qué? *“Robert Lynd escribía en un contexto en el cual él creía que muchos científicos sociales, bajo el lema de la investigación libre de valores, realizaban su trabajo y describían el mundo de una manera dictada, en realidad, por los poderosos de sus países, quienes buscaban el refuerzo del statu quo”* (p. 98). Pero no sólo los poderosos intentaban influir la dirección del trabajo de los científicos sociales. Immanuel Wallerstein dice: *“Estamos también conscientes de la insistencia paralela de los movimientos sociales para que el mundo de las ciencias sociales refleje sus preocupaciones y sus prioridades, y para que nuestro trabajo sea útil para ellos, tal como ellos definen ‘utilidad’.”* (p. 98-99).

¿QUÉ POSICIÓN TOMAR?

Parece claro que la respuesta debe tener en cuenta el signo del momento histórico en el cual trabaja el investigador. Pero antes de avanzar, veamos algo más que dice Wallerstein: *“Ha habido dos respuestas clásicas del mundo académico. Algunos han optado por un compromiso abierto (con cualquier lado del espectro político)... Otros han pretendido retirarse del combate e intentado seguir un camino que decían era exclusivamente ‘científico’, sin temer favorecer*

a los combatientes políticos, y sin preocupación inmediata alguna por la utilización que los demás podrían hacer de sus trabajos realizados y publicados” (p. 99).

Cabría pensar o se pudiera querer una tercera opción. Al respecto dice Wallerstein: *“Hoy, cada vez más, hay muchos que se sienten incómodos con cualquiera de estas clásicas respuestas. Creen, por un lado, que su papel no es ser portavoz de proyectos políticos que siempre cambian, ni de los poderosos del mundo ni de los movimientos sociales en oposición a los poderosos. Pero también dudan que sea realmente posible retirarse del combate y permanecer por encima de él” (p. 99).*

La clave estaría en jurar fidelidad a la verdad, cualquiera que esta sea y favorezca a quien sea. Pero no parece ser tan sencillo. Citando a Wallerstein: *“...qué queremos decir con ‘verdad’? ¿Hay una realidad objetiva ahí afuera que pueda (al final) ser conocida, si usáramos los métodos apropiados e hiciéramos el esfuerzo necesario (acumulativo)? ¿O es la dicha verdad sólo una máscara para alguna posición ideológica que de antemano ha definido lo que va a permitir que llamemos verdad?” (p. 99).* Hay que buscar respuestas; de momento creo que bastaría con ser fiel a aquello que, en nuestro fuero interno, creamos es la verdad; sobre todo cuando contradice nuestras preferencias políticas. Tener el coraje para decirlo es también un imperativo de fidelidad del oficio de investigador, pero más riesgoso en tiempos de persecución.

Pedro A. Reyes V.